

POR LAS RUTAS ANDALUZAS DEL TURISMO HACE MEDIO SIGLO

Nacido en París, en 1877, el novelista Eugène Montfort hubo de entrar en la vida literaria francesa en aquellos años finales del XIX y primeros de este siglo, que constituyen una de las *belles époques* para nuestros vecinos, en la que todavía los violentos e incómodos «ismos», que iban a desencadenarse con la Gran Guerra, aún no habían nacido o carecían de virulencia, y la literatura constituía un campo acotado más, en gusto y en disfrute, para aquella burguesía, verdadera tentadora del poder con todos los triunfos y laureles, en el siglo que estaba dando las boqueadas. Así, en la prosa de Montfort (1) se mezclan realismos y naturalismos, muy a tono con la sociedad burguesa entendida, elementos picantes muy parisinos que, sin ofender, harían las delicias de sus lectores y provocarían los comentarios «con segunda» y los guiños de inteligencia y algún brote de rebeldía de vez en cuando frente a los moldes establecidos, pero muy paliados y cuidadosamente dorados; es posible que esto último sea lo que haya hecho que algún crítico catalogue su estilo dentro de la escuela del «realismo mitigado».

En 1910, Eugène Montfort publicó un volumen de relatos de viajes, efectuados entre 1908 y el año de la publicación, con el título general de *En flanant de Messine a Cadix* (París, Arthème Fayard, Edit.). De todos los contenidos en este volumen, el que vamos a comentar, naturalmente, es el efectuado por Andalucía y, lo primero, la fecha del viaje; quizá por un deseo de dar intemporalidad a su narración, nunca expresa día, mes ni año en que visita cada uno de los lugares, pero, en lo que toca a su recorrido andaluz, hay dos de claraciones que nos lo enmarcan perfectamente: su primera parada es Ronda y nos dice que ésta celebraba su feria, con lo que nos proporciona una fecha tope para el principio de aquél, el 8 de septiem-

(1) Las novelas más conocidas de Eugène Montfort son: *Carne*, *Los corazones enfermos*, *El chalet de la montaña*, *La turca*, *La hermosa niña* o *El amor a los cuarenta años*, *Un corazón virgen*, *César Cauteldor*, *Cecilia* o *El amor a los dieciocho años*, etc.

bre; su última visita, Cádiz, coincide, según cuenta, con la noticia de la conquista por los españoles del monte Gurugú en la guerra del Rif: no hay más que buscar que esto ocurrió el 29 de septiembre de 1909 y tenemos perfectamente centrado el viaje entre el 8 y el 30 de septiembre de dicho año.

Parece que la intención de Montfort, antes de llegar a España, era encontrar materia llamativa, en el pintoresquismo de tipo escandaloso y sensacionalista que esperaba que se le ofrecería aquí, para luego utilizarla como atractivo aliciente en su relato, dedicado a aquel numeroso grupo de lectores que gusta del viaje emocionante sin salir de casa y sin exponerse a ninguna incomodidad. Este parecer nos lo sugiere, por una parte, el que la etapa por la que comenzara su recorrido fuese la región de Calabria y la siciliana Mesina, precisamente para relatar *de visu* los estragos causados por el último terremoto, que ocurrió en aquella región a fines de diciembre de 1908, y el recuerdo que, en algunos de sus habitantes quedaba de aquellos horribles momentos vividos y, concretamente, con respecto al prejuicio que informaba en aquellos momentos previos su idea sobre España y sobre lo que pensaba ver por aquí, ilustran mucho sus ocurrencias al visitar las necrópolis de los capuchinos de Palermo, en las que en largas galerías se alineaban los esqueletos que conservaban aún sus correspondientes vestiduras y adornos: es precisamente en esta lúgubre mansión panormitana donde ve Eugène Montfort la huella más clara del antiguo dominio español en la isla, pues «se encuentra allí el gusto singular de la gente del Ebro y del Tajo por lo macabro, por la muerte, sus horrores y sus espantos». No se preocupa de averiguar si existe en España algo que se le parezca, ni se acuerda de que en Sicilia hay tanta influencia griega, normanda y árabe como española, ni de que las tumbas, en las que se depositan cadáveres sin enterrar, son tan antiguas en todo el Mediterráneo como los propios dólmenes. No venía dispuesto, pues, nuestro viajero a ver la Sevilla de los patios rumorosos y apacibles, ni la Córdoba callada con sus noches de especial resonancia, ni la Granada del «agua oculta que llora», sino la manoseada Andalucía de pandereta, de la que normalmente se tiene noticia fuera; pero, y esta es la más curiosa impresión final que se saca del relato, será la primera, la auténtica Andalucía, la que le conquistará aunque, a veces, ni él mismo se de cuenta de ello, ni, lógicamente, llegue en general a quintaesenciar sus propios deleites.

Del puerto de Nápoles zarpó el barco que traía hacia España a nuestro novelista, haciendo escala en Marsella y Tánger, cuyos barrios morunos le proporcionaron la suficiente exaltación espiritual previa que le sirviera de base emocional para su excursión por Andalucía. Abandona definitivamente su buque en Gibraltar y esta población le resulta como una especie de jarro de agua fría con respecto a los grados de temperatura de la aludida exaltación: encuentra aquello como un lugar «de regularidad, de fastidioso trabajo, de hechos exactos, donde reinaba, por encima de todo, la necesidad de comprimir la vida y de ahogar la belleza»; lo único que le agradó fue el vino de Valdepeñas que le dieron en el hotel, aunque confiesa finalmente, al tomar la barca de pasajeros para Algeciras, que era forzoso admirar esa asombrosa capacidad de los británicos para permanecer siempre idénticos a sí mismos, en medio de un ambiente totalmente opuesto al carácter, al concepto de la vida y al ideal ingleses.

Ronda no la tenía programada en su agenda, pero una señora inglesa, residente en Gibraltar, le aconsejó la visita y allí llegó en tren desde Algeciras. Una de las cosas que más le llamaron la atención fueron las ventanas rondeñas, de ricas rejas salientes con pedestal hasta el suelo, que cree exclusivas de esta población y que, lamentándose de no haber averiguado su nombre —los franceses buscando siempre un nombre para cada cosa—, él llama a *manière de bow-window*; contempló el formidable paisaje que se ofrece desde el mirador de la Alameda y, aunque era fería, lamentó que no se dieran corridas de toros en la patria chica de Pedro Romero «a causa del Rif», la guerra de Africa. De nuevo en el tren, vía Bobadilla, *qui porte le nom du petit roi Boabdil* —sistema etimológico similar al empleado para deducir que tranquilidad viene de tranca—, se fija allí en un cerdo negro que busca su comida entre los vagones: *Je ne pus savoir si c'était un voyageur qui changeait de train, ou bien un habitant de Bobadilla*; hay gente que, cuando viaja, se infatúa de tal modo que ni reconoce ya a sus congéneres.

En Málaga, donde sólo permanece unas horas, le gusta todo: las huertas que jalonan sus accesos, el ambiente dulce y suave de la ciudad, las malagueñas, el cante flamenco, la luz y el paisaje y hasta un embarque de tropas para Marruecos; bueno, todo no le gustó: el general, el coronel y el alcalde que presidieron la operación y que

luego se volvieron en coche a sus respectivas casas, no le hicieron ni chispa de gracia.

El viaje hacia Granada también lo hace en tren, volviendo a Boabdilla —la de Boabdil—; las pocas palabras que cruza con un andaluz gordo de su mismo departamento le sirven para elaborar toda una teoría del comportamiento y sociabilidad de los meridionales. Al atardecer llegó a Granada y fue conducido a una pensión que, por lo que se deduce, estaba en la cuesta de subida a la Alhambra; desde una cercana explanada, que debe ser la que da sobre el Campo de los Mártires, saboreó el panorama sobre la ciudad, particularmente al contemplarlo por segunda vez, anochecido; un muchacho —y actualmente muchos de ellos siguen haciendo lo mismo— le condujo a un café cantante donde el «conjunto» de plantilla bailó y cantó exclusivamente para él, pues, según confiesa, era el único cliente del local en aquellos momentos (¡ *Oh, tempora!*).

La Alhambra, al día siguiente, le conquistó en cuanto puso un pie en ella, le entusiasmó y le hizo escribir en continua andanada frases admirativas para el encanto árabe y oriental de todos sus rincones, incluso en el palacio del Emperador: *C'est toujours l'âme mauresque la reine de ces lieux, c'est elle qui erre encore dans ces bois et qu'on sent passer sur la brise légère qui agite les feuilles*. Captó muy pronto Eugène Montfort el violento contraste —que no es exclusivo de la Alhambra, sino que ha informado a todos los barrocos españoles— entre la luz solar más hiriente y la sombra más negra, que allí juega papel muy importante, la voluptuosidad del exceso decorativo, la disposición de los patios recoletos para el agua y la penumbra, las maravillosas perspectivas que rellenan cada ajimez y cada ventana. En los chorros y canalillos, en los surtidores y estanques de las estancias y jardines de la Alhambra él vio sólo *la gloire de l'eau courante*; y es que, para descubrir en ello la «pasión del agua», la «agonía del agua», como sintió García Lorca, es preciso vivir en Granada algo más que unos días. Con buen sentido estético no le agradaron las restauraciones que se efectuaban por entonces en el palacio nazarita, ni los quioscos en que se retrataban los viajeros disfrazados de beduinos y las turistas gordas de odaliscas; todavía queda uno de estos quioscos allí.

De la Granada cristiana, en la que pervive el recuerdo de los Reyes Católicos, visitó la Catedral —sin caer en la cuenta de que la

capilla real es construcción distinta— y la cripta de los sepulcros reales, pareciéndole el conjunto *un des plus superbes monuments du catholicisme violent de l'Espagne*.

Después, el barrio de los gitanos —aunque le llama el Albaicín, en realidad, lo que recorrió fue el camino del Sacromonte, según se desprende de lo escrito—, a cuya entrada se le unió un guardia que se situaba permanente allí para acompañar a los extranjeros y protegerlos; *monsieur* Eugène piensa que aquella protección no era necesaria, pues los gitanos le causaron muy buena impresión, pero dice que para estos «ángeles custodios» la propina consecuente a su servicio era poco menos que vital; además, no era del todo inútil su presencia, pues le libraba de molestos pedigüeños, de echadoras de buenaventuras, de vendedores ambulantes, etc. Pasea por delante de las filas de cuevas blanqueadas, cruzándose con toda la variada tipología gitana; pero no resulta de su agrado, por falta de naturalidad, un grupo de ellos, «profesionales» del folklore, que ante la cueva del *capitán* (?) ofrecía su actuación a los turistas mediante el pago de tarifas preestablecidas. ¡Si viese ahora las cuevas en las que no falta nunca, en un cuadrito enmarcado con primorosa moldura, el último recibo de la contribución industrial, entre las fotografías de Antonio y Carmen Amaya!

Fueron para nuestro francés verdadera delicia los jardines, paseos y surtidores del Generalife y, en uno de sus pabellones, antiguos retratos de los reyes españoles y de los antepasados de la marquesa de Campotéjar; esta señora poseía entonces este palacio como heredera de la familia de los Granada, alcaides del Generalife y descendientes de aquel morisco de sangre principesca converso, llamado don Pedro de Granada. Aún se encaramó Monfort más alto, en la cima de la colina del Generalife y, desde allí, teniendo ante él un espléndido panorama, se entregó a melancólicas meditaciones sobre el tiempo que pasa, conmovido por Granada, que *renferme une puissance de rêve infinie*.

La siguiente etapa fue Córdoba, dando un poco rodeo en su camino hacia Sevilla. Le encantaron en Córdoba las calles limpias, claras y apacibles, los patios entrevistos a través de las rejas de sus cancelas y la quietud, casi letal a su juicio, de la ciudad entera, quietud que había contagiado —nos sigue diciendo— al mismo río; esto no nos sorprende a los andaluces, pues en septiembre, si no hay lluvias

tempranas, es cuando el estiaje del Guadalquivir es más pronunciado. En la Mezquita, además de escribir eso que todo el mundo dice del «bosque de columnas», volvió a sus sensaciones sobre la persistencia del espíritu árabe, que ya nos declarara en Granada; aquí, pese a las construcciones cristianas de su interior, *Dieu n'est point chez lui à la Mezquita, il est en visite chez Allah*. Correteando por la Mezquita, de nuevo bajo melancólicos pensamientos sobre la fugacidad de la vida, se extraña de que no haya debido pagar nada todavía, más si «se sabe que el clero español hace pagar voluntariamente a los visitantes de sus iglesias»; y entonces, precisamente, se le apareció un sacristán que le puso ante sus narices un cartel que decía: *Capilla de San Fernando, dos pesetas*, cuando se encontraba en la Capilla Real, que se adjudicaba entonces a San Fernando, como toda imagen procesional de algún mérito a Martínez Montañés. Ya en la calle se dio de cara con unos compatriotas suyos, haciéndose rápidamente «el sueco»: *ce qui, peut-être, est le plus désagréable hors de France, c'est de rencontrer des Français*; y lo explica diciendo que tienen generalmente espíritu de boulevard y adoptan aires de superioridad; uno de ellos, encima, era de la «especie fotógrafo». El Alcázar, entonces prisión, no le produjo más que nuevas reflexiones, ahora sobre la *liberté*.

Sevilla constituye la visita base de esta segunda parte del viaje, como Granada la constituyó de la anterior. La primera impresión le resultó decepcionante: esperaba una ciudad rebosante de pintoresquismo meridional y andaluz por todas partes y se halló con una población en la que sólo destacaban su claridad, su ingenio y su delicada nobleza, sin los esperados mendigos piojosos, monjes costrosos, ni curas gordos; ni siquiera en Triana encontró la truculencia que le habían celebrado. Pero, cuando aceptó la realidad, Sevilla le conquistó por completo: *Séville n'est pas une cité plébéienne... C'est une fine, délicate et orgueilleuse jeune fille*.

En la casa de un amigo sevillano, que vivía cerca de la *de Pilatos*, disfrutó en una mecedora del frescor y del «nirvana bético», que supone una calurosa tarde de septiembre en un patio de Sevilla con flores, surtidor y «vela»; un patio de esos que hicieron decir a un rey castellano que no había sitio para veranear como Sevilla. La dueña de la casa le hizo los honores con unos filetes empanados al Jerez y le entusiasmaron los tales filetes de tal forma que dice que, aunque no hubiese visto la Giralda ni nada más de Sevilla, esto sería lo suficiente

para afirmar categóricamente que Sevilla es una ciudad refinada. De noche, el amigo sevillano, que sabía hacer bien las cosas, le organizó, con las vecinitas, una pequeña fiesta en el mismo patio y, entonces, nuestro viajero, entre el rasguco constante de la guitarra, los armoniosos movimientos del baile de las sevillanas, las castañuelas y la alegría contagiosa de las costureras-bailarinas, lamentó en lo más profundo el ser extranjero. El regusto que le quedó por el baile andaluz le hizo visitar los cafés cantantes en que se daban espectáculos de este tipo, como el *Novedades* o el *Miramar*, y acudir a los «bailes ingleses» y al patio donde daba sus clases el célebre maestro de baile sevillano Otero.

Más que el propio Alcázar le gustaron los jardines y en ellos encuentra un nuevo ambiente oriental y ordenación mahometana (?), y presta oídos a la absurda leyenda de que los lóbregos aljibes que se abren a aquellos jardines habían sido piscina para la favorita real María de Padilla, en la que los cortesanos, por galante adulación, bebían sus aguas que debían estar mezcladas, en tal caso, con jabón y cochambre. También paseó por el Parque de María Luisa, muy frecuentado entonces, como hoy, por los enamorados y las Delicias, así como por la calle de las Sierpes, que ya presentaba, como ahora, los toldos para el sol, de cada casa a la de enfrente, los sillones colocados en las aceras de los casinos para sus socios y los corrillos de tratantes y charlatanes que impedían —e impiden— transitar por aquella calle rápidamente; desde uno de estos sillones, Montfort tuvo ocasión de examinar los tipos de los sevillanos y las sevillanas que desfilaban por allí y tiene lisonjeras palabras para la noble y orgullosa apostura de los unos y para la gracia y la coquetería de las otras. Del gusto fino y de la discreción de ambos le dieron pruebas el recibimiento que se hizo a una expedición de heridos y enfermos de la guerra de Marruecos que, por aquellos días, llegó a Sevilla: ni gritos, ni vivas o muercas a ningún gobierno, sólo aplausos emocionados y entusiastas a los que regresaban sufriendo, o sea, al valor y al honor españoles.

En la Catedral le enseñaron por cuarenta céntimos el vestuario y, a la luz de una bugía, el tesoro; en el Museo de Bellas Artes le impresionó Zurbarán y comprendió, después de haber admirado a las muchachas sevillanas, a Murillo; en la iglesia de la Caridad, Valdés Leal le dio ocasión de traer a cuento los enterramientos de los capuchinos de Palermo, que ya empezaba a perder las esperanzas de po-

derlos citar, y el retrato de don Miguel de Mañara motivo para acordarse de Don Juan.

Aún hizo otras visitas: hacia el Sur, por el Guadalquivir, hasta Coria, entre dehesas de toros bravos; hacia el Norte, a la Itálica famosa, por un polvoriento camino a través de un campo «rudo, áspero y fuerte». Y también compró este turista un *souvenir* de Sevilla, uno peculiarísimo que no es moneda corriente ni considerado generalmente como *typical*: un grillo en una de esas jaulitas que, hasta hace muy pocos meses, se vendían para ellos, a los que se alimentaba con rodajas de tomate y cuyos potentísimos cric-cric ponían una chirriante nota aguda en las calurosas y calladas noches andaluzas.

La llegada de Eugène Montfort a Cádiz coincidió, según adelantamos, con la de la noticia de la ocupación, por las tropas españolas, del monte Gurugú en la guerra de Melilla, produciéndose en la ciudad la consiguiente explosión de entusiasmo patriótico, que incluso llegó a conmover a nuestro novelista-viajero, haciéndole delirar sobre una posible unión de los pueblos latinos, idealistas y poetas, frente a los osos de Alemania y a los bárbaros de América y a la *platitudo* de ambos.

Al día siguiente se dedicó nuestro amigo a corretear por las calles gaditanas, «estrechas y claras», y por sus plazas, como la de Mina, de exuberante vegetación y rodeada de blancos edificios que le hacen pensar en una ciudad tropical, hasta que la humedad y la situación peninsular de la «tacita de plata» hicieron que, según propia confesión, la melancolía de las islas le invadiese el corazón. En el vapor *Cabo-Quejo* volvió Eugène Montfort, por mar, a Francia, haciendo escala en Vigo.

Precisamente en Vigo se le murió el grillo.

Antonio Herrera García